



■ Por Idalia Vázquez Zerquera



AROMAS DE FIN DE AÑO

Estamos en diciembre, época de reconocimientos y balance de cientos de jornadas arduas de trabajo. El último mes del año, cargado de fechas históricas, como la liberación de los pueblos de la antigua provincia de Las Villas y la Batalla de Santa Clara, acontecimientos decisivos para el triunfo definitivo de la Revolución el 1º de enero de 1959.

El de los preparativos para ir de compras en busca de un regalo, pendientes de las rebajas que habitualmente suceden por estos días, a fin de aligerar los gastos de las fiestas del 31.

También, las ferias agropecuarias organizadas para la ocasión en los municipios y la capital provincial se convierten en un hervidero de público tras ofertas más asequibles al bolsillo, con destino a la cena de la última jornada del año.

A pesar de que el costo de los alimentos continúa golpeando la economía familiar, de alguna manera nos las arreglamos para que no falte la carne de cerdo, el congri, la yuca con mojito, los tostones, así como una buena ensalada de lechuga acompañada de tomates —amén de que estos últimos, por su precio, se han convertido en un lujo—, aunque hay quienes se inclinan por un buen chilindrón de chivo, enchilado de pescado, pollo o conejo en salsa.

Otros optan por dejar a un lado la cocina y salir de casa, para pasar el 31 en un restaurante reunido con la familia, aunque al final la cuenta los sorprenda; mientras los solitarios ponen cara de lástima frente a colegas y parientes, con el propósito de pegarse la gorra.

A diferencia de años anteriores, la cerveza se encuentra deficitaria por problemas en la industria, y las que se expenden en centros recreativos y *shoppings* no están al alcance de todos, así que muchos tendrán que conformarse con un vino casero o un traguito de ron para las festividades.

Vuelve diciembre con sus aromas de fin de año, acompañado de temperaturas agradables, entre gente que va y viene con bufandas atadas al cuello y enguatadas de colores.

Planes y proyectos todavía por alcanzar y otros nuevos incluidos en nuestra agenda personal vuelven a ocuparnos con la mirada puesta en un futuro promisorio, alcanzable, con los cambios y transformaciones que se suscitan en el país, para que la economía crezca y se eleve la calidad de vida del pueblo.

Cuando las manecillas del reloj marquen las doce de la noche y se anuncie el advenimiento del 1º de enero de 2015, miles de villaclareños, entre saludos y abrazos, darán la bienvenida al nuevo año.

Y como ya es costumbre, no faltará quien lance un poco de agua por la ventana o el balcón, para recibir el decimoquinto año del segundo milenio con nuevos bríos.



Martirena

Si la realidad responde a lo que suscriben los informes, me agrada conocer la existencia de determinados colectivos que no despiden de manera definitiva a quienes entregaron gran parte de su vida para configurar la historia de un centro laboral, aunque ya estén acogidos a la merecida jubilación.

Según la Central de Trabajadores de Cuba (CTC) en Villa Clara, existen buenos ejemplos en el hospital universitario Arnaldo Milián Castro, en el matadero *Chichí Padrón*, así como en importantes industrias como Planta Mecánica y la INPUD Primero de Mayo.

Pudieran existir otros, mas lo que resulta irrefutable es que la mayoría de los colectivos no siguen dicha línea, y se acogen al capítulo de las aguas pasadas una vez que el afiliado marcha a su hogar.

Son innumerables los exobrereros que nunca más reciben una llamada para decirles: «Hoy es nuestro Día y nos acordamos de ustedes». Tampoco para expresarles la felicitación de cumpleaños e, incluso, invitarlos a una actividad a fin de recordar aquellos momentos en que resultaban imprescindibles en la fábrica, en el central o en otras instituciones de las tantas existentes.

Jubilación: ¿un demérito?

■ Por Ricardo R. González



Casi nadie recuerda a quienes, con astucia e inteligencia, sacaron adelante infinidad de planes y compromisos para hacer que su trinchera no quedara a la zaga.

Cuántas secciones sindicales se acuerdan de esos baluartes que hasta ocuparon responsabilidades en el ejecutivo, y asumieron esa tarea de manera voluntaria y colateral, y hoy ni se sabe quiénes fueron.

Pienso en aquellos que, cumplido el tiempo reglamentado, siendo merecedores de la medalla de su sector, jamás les hicieron los trámites para congratularlos en el momento preciso. Hoy no poseen el distintivo, a pesar de tener una hoja de servicios intachable en las décadas dedicadas a la vida laboral.

Salvo alumnos que los reconocen en la calle, hay maestros y maestras que solo cuentan con esos instantes felices porque ya pocos directivos de su escuela memorizan aquellos avatares que enfrentaron frente a un aula en el afán de formar a las nuevas generaciones.

Pensemos en los veteranos azucareros que se estremecían de solo escuchar el pitazo del central, en el constructor que supo de mezclas, embarres y esfuerzos para ejecutar una obra que lleva el sello de muchos y también el propio, o en quienes debido a una enfermedad o por otras causas no pudieron concluir su período laboral ni entregar todo el caudal de posibilidades.

Siempre digo que habrá que respetar las tradiciones, las canas no salen por gusto, son resultado de esa gama de aciertos y desaciertos que conforman la vida, pues la experiencia no llega en un día ni siquiera con una década de trabajo.

Pienso que la jubilación aparece en el momento oportuno. Deviene

una etapa de la existencia que posee sus encantos y alternativas para mantenerse útil. Hay que asumirla con dignidad, y no apruebo eso de «esclavizarse» con la jaba en la bodega, aferrarse al movimiento de las agujetas o dedicarse al cuidado exclusivo de los nietos.

Depende mucho de las cualidades personales y de la visión para interiorizar esa nueva etapa que puede desarrollarse con prismas infinitos, siempre que el contexto familiar interiorice que tener al «viejo» o la «vieja» en casa no constituye la solución para olvidarse de las responsabilidades comunes.

Ya suman 15 411 jubilados en Villa Clara, y la cifra se irá incrementando de año en año. Habrá que ver si todos experimentan el deseo de visitar ese recinto que los vio transitar durante largos años y donde dejaron el inmenso manantial de su sabiduría.

Cada obrero —aun jubilado— merece un trato diferenciado, sin olvidar particularidades, sus problemas más o menos agudos. Deben ser vistos como entes de carne y hueso que en cualquier momento necesitan comprensión, ayuda, solidaridad...

A veces las coyunturas económicas, la falta de tiempo, lo agónico de lo cotidiano afloran como excusas a fin de justificar lo que no hemos hecho, pero cultivar la espiritualidad no requiere de desvío de recursos ni soñar con imposibles. Encuentra sus bases en la cultura del detalle, practicar el humanitarismo que llevamos dentro y sorprender a quienes forman parte del patrimonio sagrado de la clase obrera.

La Universidad del Adulto Mayor constituye ferviente prueba de utilidad y valía a pesar de los años. Por eso me incluyo entre quienes aseveran que la jubilación no es un demérito. Resulta el cierre de un capítulo para comenzar una nueva historia.

La reunión de ¿mañana?

■ Por Yariel Valdés González



Martirena

UNA colega, a modo de susurro, pero con la experiencia que provee el ejercicio periodístico, me advirtió: «A estas reuniones hay que venir mañana, no hoy». ¿Cómo es eso?, pregunté yo, el novato. «¡Sí, porque es cuando ya están resueltos todos los problemas!», respondió de forma convincente. «Solo tienes que 'afinar' el oído y verás», sugirió.

En ese momento no tuve argumentos para rebatir su afirmación, así que me dispuse a «cazar» esas expresiones que confirmaran aquella sentencia, en principio risible para mí. Y estábamos allí, justo en medio de quejas, problemas, denuncias y preocupaciones populares serias, cuando apareció lo que tanto temía.

De cara a las inquietudes brotaron solo excusas: «Estamos conscientes de ello», «ya estamos resolviendo esa problemática», «buscamos alternativas», «eso mañana está resuelto...»; interminables pretextos que no se hicieron esperar cuando «la caña se puso a tres trozos».

Ante la exigencia de ofrecer una respuesta convincente, algunos se escudaron en la falta de recursos, que pronto llegarán porque «están en camino» y ¿la solución?, por tanto, arribará «en menos de una semana». Si por casualidad aparecen, el conflicto tendrá feliz desenlace, ¿cuándo?, tal vez mañana.

En este encuentro, copia fiel de tantos realizados en varias esferas, unos aceptaban las críticas ante los incumplimientos; sin embargo, otros eran incapaces de encarar su irresponsabilidad y camuflaban sus respuestas con un plural de modestia, y la culpa —la maldita culpa, como canta Buena Fe— quedaba flotando, suspendida en el aire.

¡Claro!, a nadie le gusta que le «arañen el carapacho», como popularmente decimos, pero ¿por qué tiene que venir alguien de «a fuera» a decir lo que está mal? ¿Dónde está el control sistemático y el conocimiento al detalle de las situaciones que se dan en su pedacito?

Para atenuar esas actitudes negativas, tampoco puede florecer el aplastante triunfa-

lismo que reina en no pocas intervenciones, que ni el propio orador logra creerse. De una vez y por todas hay que dejar atrás este mal hábito, como recomendó el propio presidente de los Consejos de Estado y de Ministros, Raúl Castro, cuando reflexionaba sobre la prensa cubana.

Ante todo la verdad, porque a la larga deviene eficaz antídoto contra desilusiones, falsas expectativas y nuevas reuniones donde el guion se repite casi exactamente. Frente a las debilidades que hoy persisten en la gestión y solución de los problemas acuciantes del pueblo, la presidenta del Gobierno en Villa Clara, Jorgelina Pestana Mederos, ha sido contundente: «Las tareas son de hoy y no de mañana».

El inmovilismo produce retoños que tuercen la credibilidad de nuestra obra. Ante cada dificultad se impone una respuesta ágil, certera, acorde con los recursos disponibles; y desterrar de nuestra rutina de trabajo esa manía de sentarnos en una mesa para confeccionar planes ineficaces que, a larga, se vuelven «planazos».